

## TEÓCRITO Y LA BUCÓLICA.

1. Ya en mi ponencia «Tradición e innovación en la literatura helenística» en el VI Congreso Español de Estudios Clásicos<sup>1</sup> critiqué «la falta de una visión amplia» en gran parte de los estudios filológicos recientes. Con ello quise decir que una gran parte de la investigación que se practica y se publica no va siempre acompañada de un conocimiento cabal (que es lo mismo que decir un interés real) del marco en que los textos se escribieron, entendiendo por éste muy concretamente los aspectos ideológicos, lingüísticos y artísticos de la época, y por supuesto y a la vez la cultura heredada por esa misma época y su modo de aceptarla (o en su caso de rechazarla). Con otras palabras, lo que la época aporta, su originalidad, junto con el tesoro tradicional que esa misma época heredara y al que indefectiblemente aplica la medida de sus intereses. Esa tradición forma, pues, parte de un rico contexto y no es un capítulo cerrado; es continuamente revitalizada y, naturalmente, transformada.

Con este modo de entender en sentido muy amplio el contexto de una obra literaria debe ir ligado un método de investigación (de lectura, podría decirse) adecuado, que atenderá a la necesaria coherencia de los distintos elementos en juego: el texto mismo, las dimensiones culturales de su momento y, entre ellas, su asimilación de la cultura heredada. Y, volviendo ya al comienzo, es la observancia de esa obligada coherencia lo que con frecuencia echo en falta en muchos trabajos filológicos. Y, seguramente por mi mayor dedicación en estos últimos años a la poesía helenística, en el estudio de este dominio literario la vengo echando en falta de un modo especialmente notable.

Tal vez convendría ahora recordar que en general la época helenística y en par-

---

1 *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1983, I, 127-146.

El presente texto es una redacción abreviada (además de con ciertos cambios y matizaciones) de la conferencia pronunciada en Cáceres en las III Jornadas de Filología Griega, abril de 1983, sobre «La poesía helenística: principios, problemas y métodos». He añadido unas breves notas, con un mínimo de bibliografía. Conviene también advertir que la intención de la conferencia, decididamente crítica, explica el que prácticamente no se mencionen nombres de autores con cuyas opiniones estoy en todo o en parte de acuerdo, y entre los primeros el del Profesor G. Giangrande, presente en las Jornadas, cuya mención hubiera parecido a él mismo y al público por esa misma razón seguramente más reprochable que una cortés omisión. Cualquier lector avisado reconocerá en estas páginas cuántas coincidencias hay de hecho con sus posiciones, de todos conocidas.

ricular la etapa convencionalmente llamada alejandrina es a nivel literario hoy un centro importante de atención, más posiblemente que nunca. Y es esta actualidad lo que, como complemento, nos fuerza a afinar en lo posible el rigor de los métodos y a aumentar nuestro conocimiento de ese marco contextual, tan imprescindible. Y, desde luego, a ser implacablemente críticos con los errores, y, según mi modo de ver, sobre todo con los errores metodológicos, tras los cuales hay casi siempre un apreciable desdén hacia esa coherencia a que ya me he referido.

2. Pues bien, dentro del creciente interés por la literatura helenística es seguramente Teócrito uno de los autores privilegiados. Un simple cómputo bibliográfico lo demostraría. Todavía Rosenmeyer, en su bien conocido libro<sup>2</sup>, hablaba en 1969 de «the relative neglect of Theocritus», lo que hoy sin duda ya no puede decirse en modo alguno. Y tampoco nadie se atrevería hoy a hacer como Legrand, quien en su edición de 1924 podía remitir al lector para una mayor información a su monografía, excelente por lo demás pero que data de casi treinta años antes. O se expondría a que su gesto tuviese la acogida más negativa.

Claro es que ser objeto de una moda, por duradera y por justificada que esté, tiene sus riesgos. Y no nos exponemos mucho a ser desmentidos por la posteridad si caemos en la sospecha de que una porción no escasa de la rica bibliografía reciente sobre Teócrito no esté destinada a sobrevivir. Y la razón para mí está precisamente en que creo que sus autores no han acertado con un método correcto, por sanas que fueran sus intenciones y por nutridos que fuesen sus conocimientos.

Conviene recordar también que el relativo descuido en que los estudiosos tuvieron durante cierto tiempo a Teócrito no era sólo una cuestión de cantidad. Es bien sabido que hasta hace poco la imagen estética y literaria de Teócrito no estaba muy lejos de la del *Theocritus simplex* de los antiguos y que en su usual parangón con Virgilio era habitualmente Teócrito quien resultaba en franca inferioridad. Su escaso aliento épico (frente a un Virgilio por ejemplo) podía contribuir a redondear esta imagen, en cuyo fondo estaba a no dudarlo una vaga impresión del mismo género bucólico como ligero y menor y cuya esencia por definición era precisamente esa simplicidad teocritea.

En cambio, en esta nueva etapa de los estudios sobre Teócrito, parece haberse pasado, por obra en especial de algunos investigadores, al polo opuesto, como si a una lectura superficial anterior, a la que escapase la verdadera riqueza de este poeta, hubiese venido a reemplazarla una segunda lectura, que nos habría descubierto la insondable profundidad del alejandrino. Ciertamente, este proceso ha venido acompañado de una encomiable labor de depuración interpretativa, de una mejor comprensión de su lengua y su estilo, pero también se advierte que con gran frecuencia los filólogos a que se debe el mérito de tantas necesarias rectificaciones y que nos permiten entender cada vez mejor los textos no son los mismos que nos han alumbrado esas otras profundidades en la obra de Teócrito.

---

2. T. G. Rosenmeyer, *The Green Cabinet: Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Berkeley 1969, p. VIII.

3. Naturalmente, a la vez que se nos han ido desvelando esas riquezas recónditas tenía que alterarse también la fisonomía del propio género del que Teócrito pasaba por ser el fundador. Pero éste es otro problema. Lo que nos importa ahora es observar esa transformación de la imagen de Teócrito y comprobar hasta qué grado es acertada o no.

Un hecho que llama la atención es que los nombres de los filólogos que se han esforzado por renovar nuestra visión de Teócrito no parecen constituir una escuela. Es más, entre ellos abundan las críticas mutuas y los desacuerdos, y esto mismo en cierto modo puede acrecentar su credibilidad. Por otra parte, son muchos los atractivos de sus interpretaciones, tan alejadas de una filología pedestre o del puro sentido común como cercanas, al menos aparentemente, a una deseable renovación de criterios y perspectivas. En sus trabajos es usual, también al menos en apariencia, una visión de muy amplio horizonte, con audaces comparaciones entre los textos más dispares y las más novedosas conclusiones. El lector, si no está acorazado previamente contra tales atractivos, agradece de inmediato una lectura que lo arrastra por paisajes inesperados y lo compensa de otros estudios más áridos y prosaicos. Es más, no es raro encontrar filólogos de conducta habitualmente muy distinta, pero que en algún momento parecen no haber podido resistir la tentación que representan unos métodos tan innovadores y ricos en resultados, y tímidamente publican algún artículo donde aportan también su pequeño hallazgo.

4. La esencia de esta metodología es la imperiosa búsqueda de la trascendencia. Creo que éste es el término que mejor la define, puesto que su meta, más o menos confesada, es ir más allá de los textos hasta descubrir el sistema de ideas subyacentes y que fácilmente escapan al espíritu poco preparado del filólogo corriente. Es así como la lectura de un Teócrito parece encerrar unas posibilidades inesperadas y este poeta de apariencia escasamente enigmática y tan bien dotado para el humor se nos transforma en un grave filósofo, abarrotado de misteriosas claves. Su obra se carga de un complejo simbolismo, y su lectura, que parecía relativamente llana, se convierte en el desvelamiento de huidizas alegorías.

Hay, por ejemplo, quienes han creído encontrar en la obra de Teócrito una reveladora trama de cifras, aún a costa de arrostrar las más fáciles críticas<sup>3</sup>. Pero por lo general es en el terreno de las ideas donde esta metodología se ha sentido más a sus anchas, aunque no desdeñe esporádicamente el recurso a una cifra y a su interpretación simbólica para redondear una hermosa teoría: recuérdese por ejemplo también cómo Lawall imaginaba posible que el vino de cuatro años de VII 147 simbolizara los cuatro años de actividad literaria del poeta en la isla de Cos<sup>4</sup>.

3 Y no me refiero sólo al conocido artículo de J. Irigoin («Les bucoliques de Théocrite. La composition du recueil», *QUCC* 19, 1975, 27-44), sino también a otros que, aunque sea más modestamente, han contribuido igualmente a la misma línea de pensamiento: por ejemplo, J.B. Van Sickle con su nota 2 de «Poetica teocritea», *QUCC* 9, 1970, p. 68, y sobre todo con «The Unity of the Eclogues: Arcadian Forest, Theocritean Trees», *TAPA* 98, 1967, 491-508. Y *REG* 94 (1981) nos advierte sobre lo que aún nos espera.

4 G. Lawall, *Theocritus'Coan Pastorals: A Poetry Book*, Cambridge/Mass. 1967, p. 122.

5. Naturalmente no pretendo exponer aquí un catálogo de publicaciones que de algún modo y en diversos grados inciden en esta metodología de la trascendencia. Ni tampoco hacer una crítica detallada de todas sus afirmaciones. Lo que me importa es sólo la cuestión del método en sí, no las conclusiones a que pueda haber llevado, y el mostrar su contraste con la metodología que defiende, y que otros muchos defienden y practican, y que consiste en la búsqueda de esa coherencia entre los propios textos y entre los textos y su contexto, tal como lo he definido.

Pero es difícil renunciar a la simple mención, por lo menos, de un pequeño florilegio de hallazgos de que sin duda puede enorgullecerse esa otra metodología que considero, con el mayor respeto a las personas, rechazable. Sin duda el mismo libro de Lawall, ya citado, bastaría para ofrecernos todo un largo repertorio y con todo merecimiento pasa por ser una de las cimas de ese tipo de estudios teocriteos. Pero hoy muchas de sus afirmaciones (que en unos casos son propias del autor y en otros derivadas de tesis ajenas) son ya doctrina corriente entre los que defienden una línea de pensamiento parecida, y sería injusto individualizar en Lawall una crítica de la que muchos más son merecedores. Así, una idea como la del carácter indiscutiblemente programático del idilio VII estaba ya expresada en Puelma<sup>5</sup> con anterioridad y ha sido repetida después por autores como Rossi<sup>6</sup> o Segal<sup>7</sup>. La entidad del «libro bucólico» como corpus artístico autónomo no es sólo una propuesta de Lawall: se la encuentra también por lo menos en Segal<sup>8</sup>. El simbolismo del «cabrero-sátiro» que viera Lawall en Licidas, con su estampa «sobrenatural» y misteriosa, no sólo está en la raíz de determinados estudios posteriores sino que nos puede parecer ya mínimamente osado ante interpretaciones como las de Williams<sup>9</sup> o Brown<sup>10</sup>. Y, en general, a pesar de las diferencias de detalle estoy convencido de que podría ser elaborado fácilmente una especie de manual del trascendentalismo teocriteo, en el que el lector tendría cómodamente a su disposición lo esencial de estas doctrinas, con las contribuciones de los filólogos ya mencionados, así como de otros varios como Lasserre<sup>11</sup>, Van Sickle<sup>12</sup>, Schmidt<sup>13</sup>, Walker<sup>14</sup>, etc.

5 M. Puelma, «Die Dichterbegegnung in Theokrits «Thalysien», *MH* 17, 1960, 144-164.

6 L.E. Rossi, «I generi letterari e le loro leggi scritte e non scritte nelle letterature classiche», *BICS* 18, 1971, p. 85.

7 Ch. Segal, «Thematic Coherence and Levels of Style in Theocritus' Bucolic Idylls», *WS N.F.* 11, 1977, 35-68. Cf. también *WS N.F.* 8, 1974, 20-76. Estos y otros estudios del mismo autor están hoy recogidos en su libro *Poetry and Myth in Ancient Pastoral. Essays on Theocritus and Virgil*, Princeton 1981.

8 Artículos citados.

9 Fr. Williams, «A Theophany in Theocritus», *CQ* 21, 1971, 137-145.

10 E.L. Brown, «The Lycidas of Theocritus' Idyll 7», *HSCP* 85, 1981, 59-100.

11 F. Lasserre, «Aux origines de l'Anthologie: II. Les Thalysies de Théocrite», *RhM* 102, 1959, 307-330.

12 Artículos ya citados.

13 E.A. Schmidt, sobre todo en «Der göttliche Ziegenhirt. Analyse des fünften Idylls als Beitrag zu Theokrits bukolischer Technik», *Hermes* 102, 1974, 207-243.

14 S.F. Walker, *Theocritus*, Boston 1980.

6. Ante esta clase de filología el riesgo mayor es indudablemente lanzarse a la discusión de los mil aspectos con los que, de entrada, no sólo no está uno de acuerdo sino que los textos mismos parecen rechazar contundentemente. Todos tenemos cierta vena de poetas y soñadores y es posible que nos viéramos a la larga seducidos por esos atractivos que ya he citado y que soy el primero en reconocer. El modo de hacer esta guerra, por utilizar un término expresivo, es o bien simplemente releer los textos, con lo que se dispararán rápidamente las dudas que pudiéramos albergar, o entrar a discutir la metodología empleada, observando los mecanismos que han permitido tales teorías y desmontándolos. Lo primero es, felizmente, una tarea que muchos practicamos a diario; lo segundo es un buen ejercicio altamente recomendable para mantener en forma el espíritu crítico.

Voy a poner algunos ejemplos, en este plano metodológico, aunque sea como un breve paréntesis, ya que luego tendremos ocasión de volver sobre alguna de estas cuestiones con más calma. Se me ocurren tres y los tres con cierta relación entre sí. El primero, de alcance aparentemente menor pero en el fondo de gran significado, es la dependencia que durante algún tiempo se vio entre el «encuentro» narrado en VII y el episodio de la consagración poética de Hesíodo por las Musas (*Th* 22 ss.): tal dependencia fue señalada como un hecho cerado, como si lo descrito por Teócrito respondiera cabalmente a lo descrito por Hesíodo y ambos pasajes no fueran sino dos ejemplares de un mismo género, de la llamada «consagración poética». Pero basta examinar someramente las características de tales «consagraciones», la primera la de Hesíodo, para descartar sin contemplaciones que nuestro idilio tenga ni remotamente que ver con ellas. Pero aún hay más: basta también tener un mínimo conocimiento de la poesía alejandrina para poder rechazar, ya apriorísticamente, la posibilidad de una dependencia tan cerrada como se pretendía. Y los textos, como es natural, no hacen sino corroborarlo<sup>15</sup>.

El segundo ejemplo, que está en la base de la mayoría de las teorías trascendentalistas es el del llamado «libro bucólico». Nadie se ha molestado hasta ahora en darnos unas razones de peso que nos llevaran a aceptar la autonomía de tal libro dentro de la obra de Teócrito. Curiosamente el propio Lawall, que comienza por recordarnos la extendida idea de la «mezcla» de los géneros, como rasgo típicamente alejandrino y helenístico, pasa sin más transición y del modo más paradójico a exponernos su tesis sobre el citado libro, sin plantearse ninguna de las dudas que deberían haberle surgido sobre el sentido del propio género bucólico. Pero lo que leemos en Lawall y su método apenas es nada comparado con lo que se lee en la obra de Walker ya mencionada, en la que Teócrito por definición y por excelencia es el poeta bucólico, o aun mejor con sus propias palabras, el «Herdsman-Poet».

El tercer ejemplo se refiere a un concepto muy manejado por alguno de estos autores, el de la «veracidad». Todavía como hipótesis de trabajo Van Sickle<sup>16</sup> utili-

15 Cf. para una sensata visión del tema B.M. Palumbo Stracca, «L'ironia di Teocrito nella polemica letteraria delle Talisie», *BPEC* 27, 1979, 69-78.

16 *QUCC* 9, 1970, pp. 69 y 80 sobre todo.

zaba el término como una posible clave de la poética teocritea, con una importancia manifiesta en idilios como V y VII. Por supuesto se podría señalar ya que, para el idilio V, la «veracidad» no es a su vez sino una de las muchas hipótesis que se han propuesto para tratar de explicar su tan discutido final, y una además, según mi modo de ver, de las menos felices, y que, en el caso del idilio VII, el concepto de «veracidad» forma parte de la bien estudiada atmósfera irónica que envuelve las relaciones entre los dos protagonistas. Pero Van Sickle encuentra, además, un hecho muy significativo en que en ambos idilios quien insista sobre el concepto sea precisamente un cabrero. Como, por otra parte, en la bucólica el cabrero suele poseer una naturaleza de acusado cariz sexual, ya no debemos tener duda de que veracidad y sexualidad estén íntimamente trabadas en la «poética teocritea» (y esto terminará por remitirnos a Hesíodo, etc.). Pero que esta línea de pensamiento era perfeccionable es algo que nos ha demostrado con creces Schmidt con sus más que sutiles elucubraciones sobre el «cbrero divino».

7. Hay un punto que tiene mucho que ver con nuestro tema de la tradición y con el de la poética teocritea: es el del género. En este terreno la claridad y el rigor metodológico son imprescindibles y creo que es en él en donde puede observarse más cumplidamente el cúmulo de imprecisiones y debilidades que conllevan muchas de las posturas que criticamos. Uno de los ejemplos anteriores tenía ya que ver con esta cuestión, cuando hablábamos del «libro bucólico», pero el tema merece un planteamiento más amplio, sobre todo porque está en la base de casi todo lo que se ha escrito, al menos con ciertas pretensiones teóricas, sobre Teócrito en las últimas décadas. Vamos a centrarnos, además, precisamente en el género bucólico, verdadero centro de referencia de las teorías que hemos dado en llamar trascendentales.

Lo primero que no puede menos de llamarnos la atención es que, a pesar de la importancia dada a tal género bucólico en ese tipo de teorías, apenas podremos encontrar no ya una definición que se pretenda suficiente sino una indagación sobre el valor y presencia de este género en la obra teocritea. Parece como si la mera mención del concepto de pastoral o bucólica, o la calificación de Teócrito como poeta bucólico, bastaran para satisfacer el interés que el tema se merece y cumplieran con las exigencias de un estudio apropiado de la cuestión. El único aspecto en el que algunos han mostrado un deseo de profundizar es el de los orígenes de la bucólica, justamente el más susceptible de hipótesis de difícil comprobación. Y como si no debiera ser previa una definición del concepto cuyos orígenes se persiguen.

Así, los resultados apenas podría esperarse que fueran, también en este punto de los orígenes, de verdad satisfactorios. Un autor como Rosenmeyer reconoce que en este terreno no se ha llegado a conclusiones francamente positivas. Y, en el estado actual de la cuestión, son tan escasamente convincentes las tesis sobre unos antecedentes populares, folclóricos (de tanto éxito en los siglos XVII y XVIII, resucitadas luego por eruditos como Lang o Legrand y posteriormente reducidas a unas proporciones más modestas por filólogos como Merkelbach), como las que recurren al

dominio siempre socorrido de los orígenes culturales y rituales<sup>17</sup>. Hoy ya nadie habla en serio de hipótesis como la de la mascarada de Reitzenstein u otras más o menos parecidas, e incluso el rastreo de los primeros pasos del género en un poeta como Filitas ha dejado gradualmente de ofrecer atractivos a los filólogos, ya que no hacía evidentemente más que cambiar de fecha el problema.

8. Si el género bucólico estuviera indiscutiblemente presente en Teócrito, como tal género, no habría sin duda mayores problemas en reconocerle su invención en el plano literario, y nuestra tarea estaría reducida, de un lado, al estudio de las características del género, y de otro, a la búsqueda de posibles antecedentes de ciertos elementos constitutivos del género. Como es claro que difícilmente un género nace por generación espontánea, del genio de un poeta, es posible que nos pareciese en ese caso del máximo interés cualquier pesquisa acerca de esos antecedentes parciales. Y posiblemente también nos daríamos por satisfechos con un catálogo de referencias a textos anteriores a Teócrito que nos pregonan la dicha de la vida campestre, el rechazo simultáneo de las inquietudes urbanas, etc., y nos parecería admirable que se nos relacionase con estos vivos sentimientos sociales por ejemplo el proceso de despolitización creciente del ciudadano griego y que, en último lugar si se quiere, se nos adobase esta combinación con el recurso a la influencia concreta del folclore siciliano<sup>18</sup>. No tendríamos mucho que objetar a este panorama, a no ser simples cuestiones de detalle. Pero la situación dista bastante de ser ésta. En realidad, cuando se evidencia la necesidad de ir más allá de Teócrito, para un mejor conocimiento del género de hecho pero con el pretexto de explorar sus fuentes, se está reconociendo tácitamente que la lectura de Teócrito no basta para delimitar el género en sí y para darnos las claves que lo definan. Porque la consecuencia ineludible es que aún está por demostrar la existencia de tal género en Teócrito (ya sé que ésta parece una afirmación escandalosa), y sin embargo autores tan aparentemente interesados en el tema como Lawall o Segal, por ejemplo, no se han planteado tal exigencia ni la necesidad de una previa definición del género.

9. Por lo general quienes nos hablan de la bucólica teocritea no hacen sino referirse a la calidad «bucólica» de los temas, los escenarios y los personajes. Tal hábito se repite incluso en los autores que pueden haberse acercado más a una posición crítica al respecto, como un Horstmann, a cuyo libro<sup>19</sup> le debemos bastantes aciertos y que responde a una postura mucho más equilibrada y desapasionada que las de otros filólogos que se han ocupado de la cuestión. Pero en cambio suele dejarse de lado, seguramente porque supondría un escollo difícil de superar, el aspecto estrictamente formal y sobre todo el que atañe a la métrica. Pero no está fuera de lugar que comencemos por recordar que los idilios llamados bucólicos de Teócrito están

17 Cf. por ejemplo la reaparición del viejo tema en R.Y. Hathorn, «The Ritual Origin of Pastoral», *TAPA* 92, 1961, 228-238.

18 Un ejemplo paradigmático de un catálogo de este tipo puede verse en H. Beckby, *Die griechischen Bukoliker. Theokrit-Moschos-Bion*, Meisenheim am Glan 1975, pp. 347 ss.

19 A.E.A. Horstmann, *Ironie und Humor bei Theokrit*, Meisenheim am Glan 1976.

compuestos en el mismo tipo de verso que otros idilios cuyos contenidos deben clasificarse, siguiendo criterios semejantes, como pertenecientes a otros «géneros». Y, además, que ese mismo esquema métrico es de siempre el típico de la épica, de cualquier clase de épica. Es difícil imaginar que Teócrito disociara cualesquiera de sus poemas en este verso de la tradición épica. En cuanto al ritmo (y el ritmo era para un griego una clave del género) Teócrito compone sus idilios dentro de esa tradición épica y es bastante improbable, ya sólo por este hecho, que Teócrito tuviera una cabal conciencia de estar creando o contribuyendo a crear un género nuevo y distinto de la épica. Un idilio «bucólico» está, bajo este punto de vista, al mismo nivel que un «epilion» o un texto como *Las Siracusanas*.

Por poner un ejemplo bien significativo, es claro que cuando Calímaco expone en el prólogo de *Aitia* sus diferencias respecto a la épica tradicional no se conforma con una manifestación programática, con algunos tratamientos novedosos de ciertos temas, etc. Comienza por oponer al verso identificable con esa épica tradicional (incluida la hesiódica) un esquema métrico diferente, a la vez que con éste tiende un puente hacia otro género, la elegía.

Es el uso de cierto tipo de ritmo sin duda un dato que debe ser tenido muy en cuenta a la hora de estudiar los géneros. Y sin embargo no suele hacerse en este caso. También corrientemente se deja de lado el problema que plantea el nivel de lengua utilizado, que en los poemas de Teócrito introduce un grado de confusión aún mayor.

10. Tampoco parece que los defensores del género bucólico en Teócrito vean como obstáculo el fenómeno, también típicamente helenístico, de lo que se ha dado en llamar la mezcla de géneros<sup>20</sup>. Y sin embargo es un tanto contradictorio el que a la vez o bien se nos hable de tal género bucólico, como si estuviese totalmente definido en los textos, o bien se nos diga que aparece combinado con otros, como si a pesar de semejante mezcla se le pudiera detectar y delimitar como si estuviese igualmente puro. La misma paradoja se da cuando se habla de Teócrito como del fundador del género y, por supuesto, cuando se aísla un número determinado de idilios para formar con ellos ese *corpus* bautizado alegremente como «libro bucólico». Para mayor perplejidad nuestra, pero a la vez para darnos en cierto modo la razón, apenas si hay acuerdo posible en los idilios que constituyen el citado *corpus* bucólico, lo que no podía menos de ocurrir. La discusión sobre la aceptación o no aceptación de determinados idilios en ese «libro bucólico» se haría interminable y evidentemente cualquier solución no podría satisfacer a más de uno o dos de los litigantes. Y es que en realidad lo más que se puede reconocer en la obra teocritea son unos elementos que de alguna manera son asociables a lo que entendemos como género bucólico, tal como se ve definido luego en las literaturas europeas. Y esos elementos no sólo están combinados con muchos otros, que no pueden calificarse de bucólicos, sino que además están tratados de un modo muy personal por Teócrito. Es más, cualquiera

20 Cf. por ejemplo Rossi, *art. cit.*



que parta de una definición precisa del género bucólico y la aplique a la obra teócritea, probablemente llegará a una conclusión bastante negativa. No sólo no hay en Teócrito una conciencia clara del género o una intención de delimitarlo, ya sea en temas o en tópicos formales, sino lo contrario, una actitud indiscutiblemente crítica ante notas como la idealización de la vida campestre o de la figura del pastor, que parecen ser claves condicionantes del género.

El análisis del idilio VII, del pretendido texto programático, para quienes han sabido emprenderlo con la necesaria lucidez y sin entorpecedores prejuicios, demuestra con toda claridad lo que decimos. Y el derrumbamiento de todas las teorías sobre la consagración poética no es sino una obligada consecuencia y a la vez una prueba de los errores cometidos en este terreno.

11. En cuanto al «espíritu» del género bucólico es el idilio VII la demostración de un rotundo fracaso de un cierto tipo de filología, a la que yo no rehúso el mérito de un gran esfuerzo y también de una envidiable imaginación. En cuanto a la «forma», en cambio, seguramente ningún otro idilio haya sido objeto de una pugna tan tenaz por clarificar esta dimensión del género bucólico como lo ha sido el V. Pero por lo general aquí el tema ha estado demasiado sujeto a una perspectiva historicista, al mezclarse con la búsqueda de unos antecedentes folclóricos.

El esquema sobre el que ha incidido la investigación es esa especie de *agón* improvisado de canciones, cuyo modelo está indudablemente en el idilio citado. Según planteó el tema Legrand, con una gran base hipotética, sería éste<sup>21</sup>: si bien Teócrito se habría encontrado ya con un cierto remedo culto, por obra de Filitas y sus amigos de Cos, de lo que se supone era la vida pastoril convenientemente idealizada y de su expresión en canciones, habría incorporado como aportación propia este nuevo elemento agonal con sus pares de intervenciones simétricas, imitación a su vez de una muy antigua forma de «sfida» popular siciliana. No nos importa ahora qué parte de esta idea corresponda a Legrand y cuál se deba a otros teóricos anteriores, pero debe admitirse que por lo menos todo aquello que se refiere a la actividad del círculo de Filitas en este terreno es hoy muy poco digno de crédito.

El segundo hito importante en esta línea, y que algunos consideran una adquisición definitiva sobre el origen de la bucólica, es el representado por Merkelbach en un muy comentado artículo<sup>22</sup>. Seguramente lo más interesante de su trabajo sea habernos ofrecido rica información sobre la práctica de formas agonales más o menos semejantes en otras partes del mundo, sin relación imaginable con las sicilianas. Con lo cual nos encontramos con una especie de universal folclórico, del que cualquiera en realidad podría mostrar nuevas pruebas y contra el cual no tenemos objeción alguna. Pero Merkelbach no se limita a asegurarnos que Teócrito tomara este esquema para su idilio V (como ya pensó Legrand), como una influencia muy directa, sino que añade que precisamente en VII tendríamos ya por obra del mismo

21 Ph. E. Legrand, *Étude sur Théocrite*, Paris 1898, pp. 159 ss. sobre todo.

22 R. Merkelbach, «BOYKOΛAIΣΤΑΙ (Der Wettgesang der Hirten)», *RhM* 99, 1956, 97-133.

Teócrito esa forma popular transformada en un verdadero género nuevo, el género bucólico.

De este modo hemos vuelto al principio del problema y nuestra más firme impresión es que por este camino no es posible adelantar mucho más allá que por otros igualmente tradicionales y tantas veces intentados. Retornamos al punto de partida, puesto que hay un dato incontrovertible: sólo el idilio V, entre los considerados auténticos, ofrece el citado esquema, aparentemente tan importante para la constitución del género, y además, como el propio Merkelbach reconoce, también en la literatura griega anterior a Teócrito hay indicios claros del mismo esquema formal, aunque sin relación alguna con la bucólica. No se trata de que entremos a discutir si en Teócrito hubo o no influencia de la antigua «sfida» popular siciliana, sino de si tal aceptación o rechazo afecta en algo al concepto de género bucólico y a su presencia en Teócrito. Y parece que no es especialmente relevante al respecto.

12. Y es que el talón de Aquiles de las teorías sobre el origen del género bucólico es, según mi modo de ver la cuestión, la indefinición previa del género en Teócrito, su ambigüedad si se quiere. Siempre se retorna, cualquiera que haya sido la vía elegida, al idilio VII, y siempre (con honrosas excepciones dicho sea de paso) a su carácter pretendidamente programático, como testimonio de la conciencia del género indiscutiblemente presente en Teócrito (Ott)<sup>23</sup>, incluso como apología frente a una crítica hostil (Lohse)<sup>24</sup>, o hasta como auténtico manifiesto de una filosofía vital, más allá de los simples límites del nivel literario (Serrao)<sup>25</sup>. Pero el idilio VII, ni menos ni más que los otros tenidos por bucólicos, es cada vez más evidente que ni nos ofrecen un programa positivo del género (a lo sumo uno negativo, y ésta es una línea de investigación del máximo interés) ni pueden tomarse como serios documentos testimoniales del pensamiento del autor. Cualquier indagación en torno a su carácter literario y a su «espíritu» debe partir de ese tono irónico y distanciador que revela a Teócrito seguramente como el mejor humorista alejandrino y que en estos años, muy trabajosamente por cierto, es una idea que va abriéndose por fin camino. Y también por fin en estos últimos años se ha podido leer algún trabajo que, simplemente sacando las debidas conclusiones, muestra cómo la ilusión de definir a Teócrito como poeta bucólico se va disolviendo<sup>26</sup>. Y esto con sólo plantear con el necesario rigor la definición del género y aceptar de una vez por todas la personalidad indiscutible de la obra de este poeta sin previas deformaciones. Las misteriosas claves y símbolos, con que se ha atormentado sus versos, se revelan cada vez más hueras, como lección para aprendices de las doctrinas de la transcendencia teocrítea.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

23 U. Ott, «Theokrits «Thalysien» und ihre literarischen Vorbilder», *RhM* 115, 1972, 134-149.

24 G. Lohse, «Die Kunstauffassung im VII. Idyll Theokrits und das Programm des Kallimachos», *Hermes* 94, 1966, 413-425.

25 G. Serrao, *Problemi di poesia aleasandrina I. Studi su Teocrito*, Roma 1971.

26 *Me refiero en particular a B. Effe, Die Genese einer literarischen Gattung: die Buklik*, Konstanz 1977.